

Olor a mazapán

Un chico me está persiguiendo. Yo corro y corro, pero él es más rápido. Va tan deprisa que me pisa los talones. Me acaba de atrapar. De pronto, despierto sobresaltada debido al olor a mazapán. Este sueño lleva repitiéndose cuatro meses. No ocurre todos los días, aunque cuando sucede, siempre es el mismo. Pero hay algo distinto en este. Es la primera vez que me atrapa.

Salto de mi cama esperando olvidarme de esa pesadilla. Tendría que animarme por el hecho de que es Nochebuena, pero no puedo. Llego a la cocina y desayuno lentamente. Siempre me ha gustado la Navidad, pero ahora todo me pesa y me cansa. Mi vida ha perdido su color.

Esta mañana, todo el mundo está muy atareado, sobre todo mi madre, que está haciendo sus famosos mazapanes. Me acerco a verlos y ella me dice que vaya a comprar más ingredientes, porque los ha gastado todos. Hay un enorme bullicio en la calle. Demasiado ruido. Busco con la mirada el lugar con menos gente. Todos están llenos, así que entro en el primero. Mientras pago la compra, veo a lo lejos a un chico de mi edad que me mira fijamente. Cuando se da cuenta de que yo también lo miro, desaparece. Resoplo distraídamente y me doy la vuelta. Pero todo el mundo está sorprendida, mirando hacia el lugar en el que el joven se encontraba. Oigo murmullos.

-Sí, es él....

-Cuánto ha crecido..

-¿Su nombre era Ramón?

¿Ramón? De pronto mi cabeza se ilumina. Ramón. Su nombre me recuerda al otoño en el que nos conocimos. Él llegó nuevo a mi colegio y nadie le hacía caso. Yo también estaba un poco sola, así que empecé a juntarme con él y nos hicimos amigos. Vivía con su hermano y con su madre, en una casa a las afueras. Sus padres estaban separados. Su madre se había criado en Granada, pero cuando llegó a la mayoría de edad, se mudó a Galicia. Allí conoció al padre de Ramón, un gallego con mucho carácter, que no había visto más mundo que su tierra. Se casaron y tuvieron a Ramón y a su hermano menor. Pero la inmadurez e imprudencia de su padre acabaron con la paciencia de su madre. Finalmente, tras diez años de matrimonio, la madre de Ramón pidió el divorcio. Ella volvió con sus hijos a Granada y entonces fue cuando conocí a Ramón, que apenas tenía relación con su padre. Pero aquello ya forma parte del pasado. Un año después, su padre apareció en la ciudad muy enfadado. Descubrió dónde vivían sus hijos y su exmujer y fue a visitarlos con el pretexto de saludarlos. Al día siguiente la madre de Ramón apareció muerta con una enorme raja en el costado. Pero no tocó a sus hijos. Prefirió que viesan aquel espectáculo. Él no huyó, sino que se entregó a la policía. Ya había saldado su cuenta. A Ramón y a su hermano los llevaron a Madrid y no volví a saber de ellos. Tenía su número de teléfono, pero no me atrevía a llamar... Hasta hoy.

De pronto despierto de la nostalgia que me ha supuesto verlo de nuevo y vuelvo a mi casa para no hacer esperar a mi madre. Me levanto con más alegría que de costumbre, recordando el día anterior. Cojo mi móvil y, con gran satisfacción, compruebo que aún guardo su número. No me contesta, pero a los diez minutos me llega un mensaje que dice "A las cinco y media en la plaza de Santa Bárbara".

Cuando yo llego al punto de encuentro, él está allí. Sigue teniendo unos enormes ojos almendrados y el pelo oscuro, pero me saca dos cabezas y su semblante refleja una madurez de la que yo aún carezco. Ya no es el niño tímido que yo conocí. Hace mucho que dejó de serlo. Hace un sol radiante que Ramón miraba con desprecio.

-¿Sabes por qué mi madre se mudó a Galicia?- Interpreta mi silencio como un "no" y continúa- No le gustaba el brillo del sol. Decía que prefería el frío y la lluvia, que el sol le quemaba la piel.

-Ramón, ¿a qué has venido?-le pregunto.

-No lo sé- responde con una sonrisa triste- No pude irme de aquí con tranquilidad, todo pasó demasiado rápido. He pensado que tenía que recordarlo.

Miente. Se le nota en la comisura de sus labios y en el juego que hace con sus manos. Hay algo que lo abruma. Tiene un ligero olor a mazapán. Hablamos durante una hora sobre qué hemos hecho durante estos tres años y quedamos en vernos otro día a la misma hora. En este tiempo, me cuenta que una familia de Madrid lo adoptó y que en esta visita se está alojando en casa de un

antiguo amigo. Vuelvo a mi casa intentando adivinar qué le ocurre a Ramón, pero no soy capaz. Ceno distraída y me subo a mi cuarto, donde caigo rendida en mi cama. Al día siguiente me despierto extrañada. No he soñado nada.

Ha llegado el día en el que voy a volver a ver a Ramón. Esta vez soy yo la que llega primero. En cuanto aparece, se sienta en el banco con una expresión de culpabilidad.

-El otro día te mentí -dice mientras me ve arquear las cejas-, me parece que ya te diste cuenta. A lo mejor te suena raro, pero llevo alrededor de cuatro meses soñando contigo.

Me quedo sin aire. Yo también llevo ese tiempo con mi sueño.

-¿Conmigo? -le pregunto extrañada.

-Sueño que estamos los dos juntos. De pronto, tú empiezas a correr y yo intento seguirte, pero me caigo y tropiezo constantemente. Al final, siempre desapareces de mi vista. Hasta la noche anterior al día en el que te vi. Y no he vuelto a soñar nada.

Ahora mismo no soy capaz de hablar. Esa noche fue la primera vez que el chico de mi sueño me atrapó. Aún no le voy a decir nada, tengo que cerciorarme de que hablamos de lo mismo.

-¿Por qué no viniste antes? - le pregunto. Me podría haber ahorrado cuatro meses de persecuciones.

- Me hubiese gustado, pero en mi sueño siempre veo algo relacionado con la Navidad: una postal, un árbol, un calcetín... Y nunca falta un trocito de mazapán.

El mazapán de mi madre.

-En efecto -continúa como si me hubiese leído el pensamiento-. El mazapán de Nochebuena. Una vez probé un poco y jamás lo olvidaré.

Le sonrío para quitarle importancia, pero en el fondo estoy sorprendida. ¿Qué pasa? Y sobre todo, ¿qué significa? Se me revuelve el estómago, pero no por miedo o preocupación. Más bien por emoción. Me invento un excusa y vuelvo a mi casa. Analizo los hechos, pero no les veo ninguna lógica. Una vez superados los límites de la locura, lo único a lo que le encuentro sentido es a que el dolor lo haya perseguido, le haya hecho tanto daño que no ha llegado a convivir con él y necesite recordar para poder olvidar. Y se haya acordado de mí y ha empezado a soñar conmigo. Le pongo un mensaje para volver a vernos. Sea lo que sea, voy a tener que hablar con él.

Esta vez llegamos los dos a la vez. No sé ni cómo empezar.

-He estado pensando en lo que me dijiste el otro día, lo de los sueños- le aclaro.

-¿No me crees? Yo al principio tampoco me lo creía, pero te prometo que eras tú y que...

-No es eso -le corto bruscamente-Voy a soltarlo de golpe- A mí también me pasa.

Ramón se queda callado mirando a la nada. De pronto sonrío.

-Pues ya que ahora estamos juntos gracias al destino, vamos a aprovecharlo -dice, contagiándome su entusiasmo.

-Es verdad. Llevas tres años sin pisar esta ciudad y muchas cosas han cambiado; deja que te las enseñe. ¿Qué te gustaría ver primero?

De pronto, toda la alegría de Ramón se desvanece, quedándose con una sonrisa triste y forzada.

-Me gustaría ver mi casa-dice con un hilo de voz.

La casa en la que pasó en un año junto su madre y su hermano. La casa que todavía sigue en venta. Cuando llegamos, Ramón se queda mirándola fijamente. Me esperaba que se pusiese a tirarle piedras, pero no lo hace. Se las tira con la mirada. En el camino de vuelta, ninguno de los dos habla mucho. Pero tengo una idea. Así que vuelvo a quedar con él.

-El otro día te dije que te iba a enseñar todos los cambios, ¿verdad? -digo con una sonrisa- Ahora te los voy a mostrar.

Lo llevo por todas partes y los rincones que se me ocurren. Si tanto sufrimiento le causa a Ramón volver a Granada, lo hay que hacer es hacerle ver que este lugar también tiene cosas buenas. Nos sentamos en un banco a descansar un poco, llevamos toda la tarde de un lado para otro.

-Me parece que ya lo has visto todo. ¿Me he saltado algo? -digo, orgullosa por la excursión que he montado.

-Solo una cosa, no hemos visitado mi casa. El otro día no quise verla, pero debo hacerlo. Tengo que hacerlo -añade con voz firme y segura.

-Vamos -digo, sorprendida por ese deseo.

Cuando llegamos, la reacción de Ramón es la misma: la mira fijamente. Repentinamente, una lágrima cae por su mejilla. Necesita recordar para poder olvidar, me dije unos días antes. Y estaba en lo cierto. Cada vez que posa su mirada sobre la casa, no lo hace con furia, sino con ternura. De pronto, un dulce aroma a mazapán inunda el lugar en el que nos encontramos. Me resulta un poco extraño porque la casa está a las afueras de la ciudad y no hay pastelerías cerca. Pero lo importante es que Ramón está bien o al menos un poco mejor.

Quedan pocos días de vacaciones de Navidad y los pasamos hablando y riendo. Ahora Ramón es justo como lo conocí. Como tendría que haber sido estos tres años. Pero a mí también me ha cambiado. Ha cambiado mi visión de la vida. He salido de la monotonía y el cansancio que me consumían. Mi corazón vuelve a latir.

Ramón tiene que volver a su casa esta tarde. Su padre va a venir de Madrid para recogerlo. Quedamos en mantener el contacto a base de llamadas.

-Si quieres volver a verme, solo tienes que soñar conmigo-le digo guiñándole un ojo cuando nos estamos despidiendo.

-Lo tendré en cuenta -responde él sonriendo.

Y dicho esto, el coche arranca y me deja con mis pensamientos. Sería bonito si hubiésemos terminado juntos, pero eso no es lo que necesita Ramón ahora mismo. Él solo se necesita a sí mismo para ser feliz. Muchas veces, nos complicamos la vida, y no nos damos cuenta de que es tan simple y dulce como el olor a mazapán.

Nombre: Marta Rodríguez Campaña 3ºB

Seudónimo: Emma Mistral

PAPÁ NOEL

84 años, de un infarto. Todo había pasado tan rápido; su vida, su felicidad. Pero todo llega a su fin. Y hoy, día 24 de diciembre era el día del fin de mi padre. Y ahí estaba yo, en su desván, ordenando, buscando, viendo, no sabía bien que hacía. Pero de tanto observar, encontré algo que realmente me impactó. Se trataba de una especie de cubo del tamaño de una caja de zapatos con botones a los lados y en el centro una frase en letras rojas carmín (que formulaban lo siguiente): “Tempus machina: pasado, presente y futuro”. ¿Qué se supone que era? ¿Una máquina del tiempo? No, no podía ser posible. ¿Cómo iba a tener mi padre en el desván de su casa una máquina para viajar en el tiempo? O al menos, eso ponía en la cubierta. Fue en este momento en el que me di cuenta de que no lo conocía en absoluto, 34 años con él y ni sabía más allá de su nombre.

Entonces, comencé a examinar con detenimiento aquel artilugio. Siendo sincero, me daba realmente miedo presionar alguno de esos botones. No me hacía especial ilusión aparecer en la Edad Media o en el siglo XXIV. Sin embargo, finalmente me decidí a hacerlo. Presioné uno de los seis existentes, uno color azul turquesa. De repente, de un segundo a otro, todo a mí alrededor se convirtió en una densa capa de niebla con un color grisáceo, parecido a las nubes a la hora de una gran tormenta. Y un olor, un olor horrible, como a estiércol mezclado con azufre. Me sentía flotando en la nada, y así era. El suelo había desaparecido, al igual que las paredes y el techo. Solo quedábamos la máquina, entrelazada entre mis manos, y yo.

Pasado un tiempo, no sé realmente cuánto, comencé a caer precipitadamente al suelo. Era igual que un salto en paracaídas, pero había un fallo, no había paracaídas. Estaba a escasos metros del suelo cuando un hombre, con gran parecido a mí me cogió justo a tiempo. De estatura media, moreno con ojos claros, parecidos al mar en un día soleado, con una nariz bastante pronunciada y con labios finos, iguales que los míos. Aunque lo que más me impactó fue su mirada. La manera en la que sus azulados ojos se clavaban en los míos. Me observaba como si me conociera desde siempre. Me asusté un poco, no sabía cómo iba a reaccionar. Se fijó en la máquina, creo que le resultó familiar. No lo sé. Tampoco sé si se trataba de mi padre o de un hombre completamente desconocido. Entones habló y supe que era él. Esa voz que tantas veces me había ayudado y reconfortado. Me quedé paralizado durante unos momentos hasta que me di cuenta de que me estaba hablando.

-¿Estás bien?—me preguntó

- Si, sólo ha sido el susto—le contesté yo

- Vamos a mi casa, tengo algo que podría interesarte, Samuel—dijo.

Lo sabía, sabía que yo era su hijo. Me había llamado por mi nombre, por el suyo: Samuel.

- Oye, gracias por haberme salvado la vida.

Entonces me sonrió, y yo a él.

A continuación, entramos en su casa, que estaba a tan sólo unos diez metros de distancia desde dónde nos encontrábamos. Al entrar por la puerta, noté una gran ola de calor. Había una enorme chimenea al fondo del salón. La cocina, a la derecha, se encontraba bastante sucia y revolucionada, con una encimera que en sus orígenes podía haber sido blanca, pero aquello tenía un color amarillo desgastado, bueno, mejor ni imaginarlo. Al lado estaba el baño, decorado en un estilo *vintage* propio de la época. Con el suelo enlosado de color rosa salmón bastante desagradable y unas cortinas de flores rojo amaranto tan horripilantes como las losetas. En el centro se encontraba el salón, que contaba con tres sofás completamente distintos entre sí. Uno, sin ser exagerado parecía provenir del basurero, en cambio, los otros dos estaban limpios y relucientes aunque supongo que sería por sus colores, pues se podían distinguir a doscientos metros de distancia aquellos focos de luz chillones. Y ya por último, la habitación de mi padre, que tenía la puerta cerrada, hecho que sinceramente agradecí bastante.

-¿Quieres algo?—me preguntó

La verdad es que viendo el enorme desastre de la cocina, preferí que no me diera nada. Le respondí con un simple “no, gracias” y proseguimos con la visita. Sin embargo, este se hizo un bocadillo, siempre le habían encantado y se dispuso a comerlo sentado en uno de los focos de luz fosforitos. Me invitó a acompañarle y así hice. Pasado un largo rato, que a pesar de ser mi padre, las palabras parecían como si no existieran (no pronunciábamos literalmente ni un solo suspiro), me cansé de esperar a que me dijera algo, así que le acabé preguntando yo qué era eso que me quería enseñar.

-Es un tanto largo de explicar—me contestó—Probablemente al principio no lo entiendas, pero antes te tengo que llevar a otro lugar.

Con estas palabras, le seguí hasta la chimenea, donde cogió un libro, lo inclinó hacia atrás y de repente, la chimenea se movió hacia la derecha, dejando al descubierto un pasillo oscuro y tenebroso, repleto de telarañas y donde alguna rata asomaba su nariz. Estaba realmente aterrado. No sabía si salir corriendo o continuar. Teóricamente, era mi padre, sí, pero ¿realmente podía fiarme de él? Intenté evitar contestar a esa pregunta y tras intentar evadir un poco, bueno, todo lo posible el miedo que tenía continué a espaldas de mi padre el *tour* por su misteriosa cámara secreta. Las escaleras se acabaron, y estas daban a una habitación oscura y penetrante, hasta que mi padre prendió la luz. Ahí se convirtió en la habitación que a todo niño le hubiera encantado tener. Era el cuádruple o más de grande que la casa y estaba llena de juguetes y regalos, papeles de envolver y lazos color dorado rondaban por esa hermosa habitación. Trenes de juguete conducidos por las paredes y el techo, muñecas con largos cabellos marrones y rubios y hasta libros para todas las edades. Piezas para construir castillos y ciudades. Había incluso relojes, camisas, collares, vestidos, teléfonos móviles y útiles para dibujar y pintar. También balones de fútbol, baloncesto y de todos los deportes habidos y por haber. Había de todo, hasta brújulas, que por cierto, eran realmente impresionantes.

-Sabía que te gustaría– me dijo.

Pues claro que me gustaba, cómo no iba a gustarme. Es lo que todo uno soñó de niño, y de adulto. Pero ¿por qué mi padre tenía todo esto en su casa?, ¿qué se suponía que haría con todo esto?, ¿jugar, usarlo él solo? No lo sé, todo era tan asombroso como extraño a la vez. Y fue al girar la vista, y vi a mi padre vestido de negro completamente. Botas, pantalones, jersey y abrigo. Al igual que el pasamontañas que sujetaba con la mano. Entonces, mi padre ¿era un ladrón? No entendía nada. Y como no entendía nada, me entró el pánico. Empecé a gritarle, ni siquiera recuerdo el que. Estaba furioso con él, pero no sabía por qué. Necesitaba respuestas. Necesitaba respuestas a tantas preguntas que ni entendía. Y además, ¿qué tendría que ver la máquina del tiempo con todo esto? Todo era tan extraño que daban escalofríos. Mi padre, me miraba pero no pronunciaba ninguna palabra, supongo que estaba esperando a que yo me tranquilizara.

Al cabo de un tiempo, tras haberme relajado, nos sentamos en el suelo de la mágica habitación y fue ahí donde me lo explicó todo. En un principio, me quedé anonadado. ¿Cómo iba a ser posible algo tan surrealista? ¿Mi padre, mi padre era Papá Noel? ¿Acaso este existía? Todo era tan imposible, tan increíble, tan fascinante.

- Ahora, tú tienes que seguir con esto. Debes de continuarlo. Debes de ser el siguiente - me propuso

¿Quería que yo fuera?, espera, ¿quería que yo fuera.... Papá Noel?

- Pero, ¿cómo voy a...?

Y dieron las doce de la noche. Fue entonces cuando me esfumé como había venido, en esa nube de niebla azufrada y caí en el viejo desván de mi padre, el que había sido en su momento un lugar mágico. La máquina, todavía en mis manos tenía un papel pegado en la parte trasera, con un mensaje. “Feliz Navidad, Samuel, espero que te guste. Aprovechalo bien”. Firmado, Papá Noel. Entonces comprendí su uso y tras un par de segundos de tratar de asentar mi cabeza, me puse en marcha en mi nueva misión.

Y desde ese día, todo cambió.

Mi propia jaula

Todo aquí está oscuro, no hay nada. Rara vez aparece ante mí una gran pantalla llena de cosas sin sentido, un lugar que no reconozco, gente que se acerca y habla, pero que yo no logro entender, para mí es desconocido e imposible saber qué es o qué sucede.

A veces consigo recordar algo y controlar mi cuerpo por unos instantes, haciéndolo funcionar por mi misma, agarrando una mano “conocida”, sonriendo o simplemente llorando por no poder hacer mucho más, ya que intento aferrarme a ese recuerdo con todas mis fuerzas, pero al final consigue escapar de mí, y otra vez silencio, vuelvo a estar sola y todo está negro.

No sé que hice para llegar aquí y, no sé qué hacer para salir, pero, me temo que ya no hay vuelta atrás, que lo que me queda de vida será encerrada en un lugar muy lejano y profundo de mi cabeza, ajeno a lo que está ocurriendo a mi alrededor, sin poder actuar de ninguna manera. Mi cuerpo ya casi no es mío. Y mi cabeza es mi propia jaula.

En este lugar el tiempo ya no existe, no hay nada que indique cambios, siempre es idéntico, negro, desierto, excepto cuando mi cuerpo por sí solo funciona, abre los ojos y aparece la gran pantalla con una película de otro sitio con un idioma que no es el mío. Pero nunca nada sale de lo normal, siempre es igual, siempre prisionera... Entonces, de repente, siento que algo no va bien, todo se oscurece más de la cuenta y empiezo a sentir una gran presión...

Un recuerdo y algo más... Veo a un joven corriendo hacía mí, gritando mi nombre. Se acerca y consigo ver su cara, mi hermano. Me saca de una habitación en la que todo está quemado, y me doy cuenta de que yo estoy llena de heridas. Él me habla y consigo entender lo que dice, me pregunta que si lo veo, que si estoy bien y, poco a poco va terminando y comprendo que es el momento en el que mi hermano me salvó de pequeña, pero este recuerdo no desaparece como suele ocurrir, sigue ahí.

No sé cómo ni por qué, pero no paran de llegarme recuerdos y momentos de mi vida. Veo mi infancia, mis padres y mi hermano, juguetes. Crezco y estoy en la escuela con mis antiguas compañeras y amigas. Veo al que sería mi futuro marido sentado en un banco junto a mí y, más tarde el mismo chico pero ya con barba y la cara más madura con un arreglado traje conmigo vestida de blanco en el altar. Aparece una feria y mis hijos corriendo y llenos de entusiasmo, mientras que mi marido y yo los vemos de lejos. Después todos ellos ya adultos, tristes y de negro, esta vez no hay ningún hombre sentado a mi lado...

Siguen apareciendo miles de momento ocurridos a lo largo de mi vida. Entonces noto algo que corre por mi cara, lágrimas. Mis manos se mueven apartándolas y consigo verlas, unas manos viejas, llenas de arrugas y de manchas debido al paso del tiempo. Percibo luz, puedo girar mi cabeza y ver el lugar, un pequeño salón con antiguos sofás rojos y una mesa de madera en el centro. Esta vez lo reconozco, mi casa, debíamos de estar en Navidad, porque está el bonito árbol que poníamos cada año lleno de bolas de colores y guirnaldas, junto al belén con figuritas de barro. Tengo el control total de mi cuerpo y de mi mente, pero antes de que desaparezca decido actuar, me incorporo del sillón en el que estoy, pero mis piernas me fallan, me intento agarrar a la mesa, y no consigo mantener el equilibrio por lo que me caigo al suelo y conmigo todo lo que había encima del mantel.

Con el ruido de mi caída, se escucha alguien corriendo por el pasillo y cuando entra consigo ver a mi hijo pequeño, que ahora ya es un hombre.

-¡Mamá! ¿Qué has hecho? ¿Estás bien? –grita y sin esperar respuesta a cambio, sigue hablando-. Venga agárrate y siéntate a ver como estas...

-Hijo mío... -consigo decir, después de mucho tiempo sin haber podido hacerlo- estoy bien y estoy aquí.

Su sorpresa es mayor cuando me levanta y se da cuenta de que lo estoy viendo, no mirando.

Me abraza con fuerza y llora y yo también lo abrazo. En ese momento aparecen más caras ahora conocidas que miran extrañadas.

-Está despierta – susurra mi hijo lleno de emoción.